

# EL DOCUMENTALISTA: UN CIENTIFICO DE CIENTIFICOS

Nuria Amat\*

**Resumen:** La formación del documentalista debe contemplar tanto las técnicas para poseer y difundir información como los medios y la metodología científica para mejorar la calidad de la misma. El documentalista ha ido dejando su función exclusiva de intermediario entre el texto y la comunidad científica para transformarse en una especie de colega del usuario. Las escuelas de formación de bibliotecarios han de tener en cuenta esa evolución de sus profesionales: de ser mero espectador de los conocimientos científicos, el documentalista pasa a convertirse en un protagonista esencial del orden y concierto de los mismos. La importancia que en su día tuvieron en los programas docentes materias humanistas hoy la han adquirido las de reflexión y erudición científica. Un aspecto esencial de la tecnología aplicada a la documentación es que ésta libera al profesional del trabajo rutinario para que pueda recuperar su antigua función de mago de la cultura.

**Palabras clave:** Formación del bibliotecario, formación del documentalista, cultura tecnológica.

**Abstract:** The academic training in Information Science must be considered in two aspects: Information retrieval and diffusion techniques, and scientific methods for improving information quality. The information scientist is not only a «broker» between the literature and the scientific community, but he has become a colleague of the information user. Library Schools must take into consideration such evolution. The information scientist has turned to be a leader in science management instead of a simple spectator of scientific knowledge. The importance of Humanities in training programmes has changed today towards scientific knowledge. An essential aspect of technology applied to information science is that it frees the professional from routine work to recover the old task of «magician of culture».

**Keywords:** Librarians training, information scientists training, technological education.

El aprendizaje de las ciencias de la documentación no depende solamente de una lista de materias que se imparten de una forma más o menos homogénea en las escuelas a ellas destinadas, sino también, y mucho, de la interpretación que dichas escuelas dan a la profesión de documentalista.

Nuestra profesión ha evolucionado sobremanera en sus objetivos y funciones. La situación que el documentalista ha adquirido dentro de la comunidad científica lo ha revestido de unas perspectivas que deben tenerse en cuenta como un factor importante a añadir en su formación y a ellas voy a ceñirme en estos momentos.

Todavía hay quienes se interrogan sobre el motivo de conceder categoría científica a una serie de instrumentos y técnicas de recuperación y difusión de datos. En este sentido, y pese a lo reiterado, no conviene olvidar que la Documentación, ya desde sus orígenes, vino acompañada de una filosofía (recuérdense los propósitos teóricos de Otlet y La Fontaine) que por razones prácticas y metodológicas derivó en una ciencia. Esta disciplina revolucionaria y caprichosa surgió

\* Escola Universitaria «Jordi Rubio i Balaguer» de Biblioteconomia i Documentació.  
Recibido 19-2-91

principalmente por dos razones. La primera fue debida a la diferente tipología de presentación de los documentos que exigía el tratamiento de los mismos mediante procedimientos más profundos y expeditivos distintos a los de las bibliotecas tradicionales. Y la segunda razón vino motivada por la necesidad del usuario científico de controlar y acceder a toda la documentación publicada internacionalmente. Dichos objetivos, el primero, de pretensión práctica, y el segundo, de pretensión si se quiere filosófica, ignoraban entonces que la irrupción sorprendente de la tecnología elevaría esta disciplina a rango de ciencia. Fue gracias a la informática como la documentación pudo asumir rápidamente sus primeros ideales que quedaron satisfactoriamente colmados con la aplicación y desarrollo de los sistemas en línea y los soportes tecnológicos. Pero sería equivocado creer que hasta aquí la Documentación había satisfecho sus necesidades a corto y largo plazo. En realidad, surgieron nuevas exigencias y se desencadenaron nuevas dificultades. Cuando se comprobó la facilidad con que se podía acceder a cualquier documento publicado, científicos y documentalistas aprendieron que el aspecto esencial de la Documentación no estaba conseguido, pues, vista la infinitud de publicaciones, lo que interesaba realmente al usuario era conocer el contenido de las mismas para saber si respondían a sus demandas informativas. El usuario empieza a quejarse de los servicios que ofrecen los centros de documentación no por la falta de eficacia de los mismos, que por otra parte asumen perfectamente sus objetivos, sino porque al utilizarlos quedan decepcionados, la mayor parte de las veces, con sus resultados. Los documentos que reciben son en una proporción considerable de calidad ínfima, plagios o escritos en idiomas extraños. Los científicos, antes que utilizar estas bases de datos comerciales y los canales de difusión propios de la documentación, han preferido comunicarse entre ellos a través de los conocidos colegios invisibles o sistemas sucedáneos.

Esta realidad actual ha tenido consecuencias importantes en el desarrollo de las ciencias de la documentación. Y a ellas voy a atenerme de un modo especial porque inciden plenamente en la formación del documentalista. La primera se refiere a que si hace unos años los documentalistas estábamos preocupados por la tarea de proporcionar rápidamente la información, ahora, debido a la saturación informativa, ha adquirido mayor preponderancia la calidad de la misma. Al usuario ha dejado de impresionarle el hecho de poseer en escasos minutos toda la información existente sobre su tema de interés. Su interés básico se limita a poseer una información de contenido válido, original y fiable. Con el fin de mejor atenderle, el documentalista ha ido dejando su función exclusiva de intermediario entre el texto y la comunidad científica para en cierto modo transformarse en colega del usuario. Este cambio ha ido paralelo a aquél ya aceptado que contempla la tarea esencial del bibliotecario en el servicio al lector y no al libro, como los guardianes de bibliotecas pretendían. Es una evolución de suma relevancia para el profesional. De ser un mero espectador de la circulación de los conocimientos científicos pasa a convertirse en un protagonista esencial del orden y concierto de los mismos. Este hecho no hay duda de que revoluciona los estudios y aplicación de nuestras ciencias. Una nueva definición se incorpora y completa la lista de las anteriores y es la siguiente: «La documentación se ocupa ahora de dirigir, canalizar racional, epistemológica, creativa y exhaustivamente la producción, distribución y consumo del conocimiento en todas sus formas» (1). Cuando los

estudiantes de nuestra escuela se acercan por vez primera a esta estafalaria carrera de documentalista tengo por costumbre brindarles un discurso sobre el tanto por ciento elevado (el cincuenta, digo yo) de reflexión e investigación que la Documentación lleva consigo. Se suele creer que nuestros estudios son eminentemente técnicos y considero importante desmitificar esta imagen con la presentación de esa otra científica que propongo mientras el cientifismo no consiga envenenar nuestra profesión y la condene al ostracismo. Hasta ahora hemos sufrido el sarampión de tecnicismo de igual modo que en su día quedó impuesta la etiqueta de ser ésta una carrera típica de personas humanistas o eruditas. En la actualidad, tan engañosa es una cosa como otra. Nuestros estudios son de categoría científica e interdisciplinaria. Para bien o para mal, padecen de la pluralidad científica que afecta a todos los campos del saber donde los conocimientos tienden a unificarse para acercarse a aquel primer aspecto universal de la ciencia asumido en la antigüedad.

Las Ciencias de la Documentación, como todas hoy en día, deben dedicar parte de su tiempo a reflexionar sobre sí mismas, a investigar y teorizar (aun a riesgo de equivocarse) sobre su comportamiento y su relación con otras ciencias con las cuales guardan una relación de interdependencia. Suelo decir a mis estudiantes que por el mismo motivo que conocen a Brunet, Dewey y al contemporáneo Umberto Eco y los consideran pensadores fundamentales de la carrera, también deben haber leído y comentado los textos de filósofos de la ciencia como Popper, Kuhn, Feyerabend o Price. Sus teorías sobre el desarrollo y la metodología del conocimiento científico equivalen a las materias que en nuestras escuelas se impartían sobre metodología de investigación y técnicas del procedimiento científico, hoy transformadas en disciplinas tales como bibliometría, ciencia de la ciencia, teoría del conocimiento, lingüística documental, etc.

Desde el momento en que el documentalista empezó a elaborar tesauros e indizar con ellos y a realizar resúmenes científicos se internaba, sin pretenderlo abiertamente, en el mundo de la ciencia. De otra parte, casi todas las materias básicas de la documentación nacieron ajenas, en un principio, a la biblioteconomía y emparentadas, en cambio, con la ciencia y la tecnología. Lancaster asegura que «los mayores avances de las ciencias de la documentación se han hecho fuera de la profesión de bibliotecario» (2). Y, además, es la propia ciencia la que para su desarrollo ha exigido a los bibliotecarios cambios revolucionarios. Y cuando digo revolucionarios no me refiero solamente a los sistemas en línea o a las memorias ópticas del tipo CD-ROM, sino también a este nuevo punto de vista del profesional de bibliotecas que ahora me interesa. En la evolución científica y tecnológica el bibliotecario cumple un papel mucho más relevante de lo que hace algunos años podía esperarse. Ha sido gracias a su trabajo y a los instrumentos por él diseñados (véase, como ejemplo, el *Science Citation Index*) como el científico ha podido valorar el desarrollo internacional de los trabajos publicados y, en suma, el estado actual y futuro de la ciencia. Partiendo de análisis estadísticos sobre los documentos (lo que hoy llamamos investigación bibliométrica) se ha podido investigar la evolución científica y se ha llegado incluso a pronosticar su crisis. Me gusta citar, a este respecto, el estudio de dos documentalistas españolas (3) centrado en la proporción que ha alcanzado la labor investigadora de la Universidad española en las bases de datos internacionales y que ofrece unos resultados muy interesantes

sobre los caminos de la difusión de la investigación científica a nivel internacional. Como en este caso, y tantos otros que podemos descubrir diariamente, el bibliotecario puede arriesgarse, y de hecho cada vez se arriesga más, a confeccionar trabajos interdisciplinarios o que incluso pueden considerarse propios de una disciplina en concreto. Fue, por este motivo, que en mi tesis doctoral insistí en el feliz regreso a la Biblioteca de Alejandría de la era electrónica en la que el bibliotecario, como en los sabios tiempos, podrá ser al propio tiempo geógrafo, lingüista, astrónomo, poeta, matemático, etc. (1).

Nuestros estudios no pueden obviar las materias técnicas tales como catalogación, clasificación, etc., pero han de incorporar a su vez las materias propias de la cultura actual, tanto las específicamente tecnológicas, sin las cuales nuestra profesión no progresaría, como las de reflexión científica. En la confección de planes de estudio no se trata de competir con la tecnología para ver si pierde o gana frente a las materias más tradicionales. Hay que evitar actitudes defensivas de todo tipo y para ello no viene mal recordar las palabras de Rush: «las ciencias de la documentación han tenido tendencia a exhibir un espíritu de exploración y descubrimiento, mientras que la biblioteconomía se ha inclinado por la defensiva, el proteccionismo y la tradición, sospechando siempre de la invención y la innovación» (4).

Con objeto de actualizar nuestros estudios y adecuarlos a la realidad actual, me encuentro obligada, aquí y ahora, a sugerir una lista orientativa de las materias correspondientes al área de la Documentación que deberían incluir los programas de estudios de una diplomatura en Biblioteconomía y Documentación y de una manera, no excesivamente distinta, una licenciatura de la cual estamos tan necesitados.

Debo insistir en que los datos para elegir esta lista orientativa de materias provienen de los documentos señalados en la bibliografía adjunta, de las consultas a colegas interesados por las mismas causas y de mis casi veinte años dedicados a la docencia e investigación en ciencias de la documentación.

Las materias son las siguientes:

- Fuentes de información y de referencia.
- Bibliografía.
- Introducción a la Documentación. Historia y estado actual.
- Edición electrónica.
- Informática documental.
- Programas de búsqueda en bases de datos.
- Sistemas de recuperación documental.
- Programas de gestión documental.
- Cultura y Nuevas Tecnologías.
- Memorias ópticas.
- Bibliometría.
- Teoría y práctica de la información y de la comunicación.
- Resúmenes.
- Servicios de referencia.
- Lenguajes de indización.
- Política de la información.

- Ciencia de la ciencia.
- Audiovisuales.
- Procedimientos de escritura.
- Telecomunicaciones.
- Psicología y sociología.

Como el resto de las ciencias contemporáneas, la documentación tiene dos caras. Una: la tecnológica que mira al exterior y recibe del exterior, recuperando métodos, sistemas, técnicas e instrumentos actuales; y otra científica que mira hacia el interior, vigila el contenido de los documentos y cuyo objetivo es facilitar la información para producir conocimiento y saber. La documentación puede considerarse, por tanto, como una técnica y como una ciencia. En el primer caso tiene que diseñar y utilizar sistemas, vehículos y herramientas que resuelvan los problemas de acceso y control de los documentos. En el segundo, vista como ciencia, tiene que poner más énfasis en la investigación en la circulación y contenido de la información científica. Ignorar la doble vertiente de nuestra carrera sería ir en contra de la imagen que nos gustaría dar del bibliotecario actual. También sería perjudicial suponer que estas particularidades sólo son necesarias a nuestros estudiantes de segundo o tercer ciclo. Por desgracia todavía se concede una categoría de ayudante de bibliotecas a los profesionales salidos de nuestra escuela. Esta y otras razones de orden político o administrativo ayudan a comprender las escasas pretensiones de nuestros estudios y de nuestros estudiantes. Todavía hay quien cree que la formación de éstos ha de ser suficiente para atender los servicios de bibliotecas públicas, cayendo además en el error de suponerlas inferiores a las bibliotecas científicas y que necesitan, por tanto, de un personal menos preparado intelectualmente. Es una pena que nuestras bibliotecas públicas no puedan ser un ejemplo de lo que hoy en día debe ser este tipo de biblioteca. Ya que va dirigida a un sector amplio de la población (niños, estudiantes, profesionales, etc.), la biblioteca pública debe disfrutar de la tecnología moderna que le permita llevar a cabo sus objetivos así como de personal suficientemente preparado para proporcionar información a todo tipo de usuario e insisto en subrayar «todo tipo de usuario».

Otra de las razones por las que se suele decir que la carrera de bibliotecario-documentalista es la carrera del futuro viene determinada por quienes consideran a éste como un científico de científicos. Si el bibliotecario es aquel profesional dedicado a resolver problemas, debe antes aprender a resolverlos él mismo sea cual sea la disciplina o disciplinas en las cuales trabaje. Y llegamos con esto al tema tan polémico de la especialización, que, por suerte, y gracias al hermetismo con que han sido calificados los expertos científicos, está ya algo pasada de moda. Por lo obsoleto que resulta discutir todavía sobre la formación de bibliotecarios-matemáticos, bibliotecarios-literatos, bibliotecarios-físicos, etc., no me ocuparé de ello y sí, en cambio, quiero insistir sobre la formación de documentalistas poseedores de un criterio actual sobre la ciencia y su interdisciplinariedad. Quienes trabajamos en teledocumentación sabemos que estos sistemas de búsquedas en línea están diseñados para gente que sabe sobre el tema de la búsqueda. Pero, además, el bibliotecario disfruta, por encima del usuario que las solicita, de una visión plural del asunto muy de agradecer y necesaria frente al punto de vista monotemático

que suele ofrecer quien se sirve de ellas. De otra parte, el hecho de manejar tesauros y lenguajes de indización requiere una profundidad de conocimientos mayor que la exigida por las clasificaciones universales y los alfabéticos de materias tradicionales.

No me canso de repetir las ventajas inusitadas que posee el documetalista frente a otros profesionales de la cultura tecnológica. El, más que ningún otro, sigue teniendo el instrumento del saber al alcance de la mano con la enorme ventaja, además, de que las nuevas tecnologías han potenciado al máximo el acceso a la información. Si en esta época de la inflación informativa, saber es, sobre todo, *saber encontrar*, no hay duda de que el bibliotecario es el único profesional que recibe formación expresa para la búsqueda informativa. Lo cual lo sitúa en un lugar privilegiado de la carrera del conocimiento. El bibliotecario, en tanto que experto en saber documentarse, debe también aprovechar esta habilidad para el conocimiento propio y ello es un punto fundamental que debe contemplarse en la formación de nuestras disciplinas específicas. Umberto Eco, el sempiterno citado, nos recuerda en su manual tan difundido (5) que una persona documentada puede escribir sobre cualquier tema. En consecuencia, añado yo, el bibliotecario, el documentado por excelencia, tiene en su mano la posibilidad de convertirse en un escritor polifacético y, con más suerte, en un pensador de relevancia.

Durante años los bibliotecarios han vivido marginados de quienes ejercían el papel de protagonistas del conocimiento. La revolución de Gutenberg, responsable, entre otras cosas, de la masificación del libro, al convertir a éste en un objeto doméstico, varió de forma no menos contundente la fundación del bibliotecario. Por exagerado que parezca, éste pasó de ejercitar de vigilante de bibliotecas encadenadas a convertirse en una especie de criado o mayordomo del libro y de sus anaqueles. Con la llamada revolución electrónica parece probable que el bibliotecario recupere su primitiva función de sabio loco o brillante incitador de la cultura.

No debemos pasar por alto el hecho de que muchos documentalistas de hoy en día trabajen como tales sin tener nunca la posibilidad de tocar un solo libro, ni nada que físicamente se le parezca, durante sus horas de trabajo. Es ésta una realidad no tan anecdótica como nos gusta creer a los responsables de la formación de los bibliotecarios actuales. Nuestras escuelas deberían tener presente las palabras del eminente crítico literario George Steiner cuando dice (6):

«No sería de extrañar que la “edad del libro” en el sentido clásico del término toque ahora a su fin de manera, por otra parte, muy gradual. Esa edad comprende, muy a *grosso modo*, el período que va desde 1550 hasta 1950: cuatrocientos cortísimos años.»

A mi juicio, estos aspectos son esenciales a tener en cuenta en todas las escuelas de bibliotecarios y documentalistas. La máquina libera al hombre de tareas rutinarias. Ahora se le plantea al bibliotecario la ocasión de volver a ser el ser erudito, humanista y científico que fue durante siglos y que la invención de la imprenta relegó a una cierta burocracia. La tecnología nos regala tiempo y utensilios para desarrollar nuestra creatividad. No perdamos la ocasión de aprovecharla.

### Referencias citadas

1. AMAT, N. *De la información al saber*, Madrid: Fundesco, 1990.
2. LANCASTER, F. W. Implications for Library and Information Science, *Library Trends*, Winter, 1984.
3. MENDEZ, A.; GOMEZ, I. La Universidad Española en las bases de datos internacionales, *Mundo científico*, 58, vol. 6, 534-539, 1986.
4. RUSH, J. E. The challenge of Educating Library and Information Science Professionals 1985 and Beyond, *Technical Services Quaterly*, 3, 1/2, 97-112, 1985.
5. ECO, U. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona: Gedisa, 1983.
6. STEINER, G. ¿Toca a su fin la cultura del libro?, *Letra*, 43-44, verano 1990.

### Bibliografía consultada

- BUCKLAND, M. K. Education for librarianship in the next century, *Library trends*, Spring, 777-788, 1986.
- CARBO BEARMAN, T. Educating the future information professional, *Library Hi Tech*, 18, 27-40.
- COOK, M. *Directrices para la preparación de programas de estudios sobre la tecnología de la información para bibliotecarios, documentalistas y archiveros*, PGI-86/WS/26, París: UNESCO, 1986.
- COOPER, M.-L. F. L. Education and training of the information professional, en *Annual review of Information Science and Technology (Arist)*, 24, 295-341, 1989.
- FUENTES I PUJOL, E. Estudios y formación especializada de los científicos de la información. Docencia e investigación, en *Terceras Jornadas Españolas de Documentación Automatizada. Documat 90*. Universitat de les Illes Balears, 187-215, 1990.
- FONDIN, H. L'évolution des systèmes et des métiers du traitement de l'information. La crise du monde documentaire (et bibliothécaire), *Documentaliste*, 24,1, enero-febrero, 3-10, 1987.
- GALVIN, T. J. The significance of information Science for the theory and practice of librarianship, en *IFLA General Conference*, Munich, 1983.
- HAYES, R. M. The core curriculum for Library and Information Science Education.
- LANCASTER, F. W. Implications for Library and Information Science Education, *Library Trends*, Winter, 337-348, 1984.
- LARGE, J. A. *Un programa modular de estudios de información*, PGI-87/W/5, París: UNESCO, 1988.
- MCGARRY, K. J. Curriculum theory and Library and Information Science, *Education for Information*, 5, 139-156, 1987.
- MARTIN, W. From Library studies to Information Science, *Education for information*, 5, 129-137, 1987.
- MAYOL I FERNANDEZ, C.; SANCHEZ DE BOADO, A. M. Marc docent dels professionals del tractament de la informació: una proposta, en *Segones Jornades Catalanes de Documentació*, Barcelona: SOCADI, I-1, 1986.
- OPPENHEIM, C. The impact of information technology on Information Science: implications for courses in the U.K., *Education for Information*, 1, 125-137, 1983.
- SAVARD, R. *Principes directeurs pour l'enseignement du marketing dans la formation des bibliothécaires, documentalistes et archivistes*, PGI-88/WS/1, París: UNESCO, 1988.
- SEEGER, T. Recent german educational trends in the information and documentation field: integrating subject fields in to Information Science Programmes, *Education for Information*, 5, 169-175, 1987.

SORDYLOWA, B. Les relations réciproques entre l'information scientifique, la bibliologie et la bibliothéconomie, *Revue de Bibliologie, Schema et Schématisation*, 31, 14-18, 1989.

WOOD, F. E. *Guidelines for teachers of online information retrieval*, PGI-88/WS/7, Paris: UNESCO, 1988.